

La democracia en América Latina: ¿Novia del socialismo o concubina del imperialismo?

Agustín Cueva

En el número 97 de la revista *Nexos* un apreciado colega retomaba una afirmación mía con respecto a la democracia y la presentaba como paradigma del desprecio por tan noble categoría. Mi texto decía que "la democracia no es un cascarón vacío, sino un continente que vale en función de determinados contenidos", tesis que el comentarista hallaba falsa y abusiva en la medida en que, a su juicio, la democracia "es una forma de relación política que vale en y por sí misma. Se puede afirmar —continuaba— que un régimen democrático no resuelve por sí solo determinados problemas económicos y sociales; se puede decir también que por sí solo no supone la consecución de determinados objetivos socialistas, pero la afirmación de que sólo vale en función de determinados contenidos, exhibe el menosprecio de la democracia frecuente en la izquierda".¹

Dejo de lado la sutil transformación de mi razonamiento al añadir ese "sólo" que es tan ajeno a mi texto como a mi pensamiento y aclaro que, en el plano consciente al menos, no creo contarme entre aquellos que menosprecian la democracia. Pero tampoco creo, ni deseo, incluirme en las filas de quienes estiman que la cuestión de la democracia puede ser considerada en abstracto, "filosóficamente", por encima de los problemas, contradicciones, articulaciones y correlaciones de fuerzas del mundo real. Por el contrario, me interesa rescatar todos estos problemas y preguntarme en qué grado ellos favorecen o no el florecimiento de la democracia (precisamente porque no la desprecio), qué contenidos concretos dan a cada democracia las clases dominantes (los "grupos hegemónicos" si se prefiere abordar el problema con mayor delicadeza), y qué respuestas y alternativas ofrecen frente a esta realidad las fuerzas socialistas y de izquierda en general. Eso es todo, y no veo qué pueda haber de escandaloso en rescatar en el plano discursivo algo que innegablemente ocurre en el plano real. ¿O es que alguien puede indicarme dónde se ubica ese maravilloso

país de Jauja en el que la democracia funciona como una forma pura, ingrátida de los problemas y contenidos del conjunto de la vida social?

Actualmente hay, sin duda, una tendencia en muchos sectores de izquierda a considerar que la democracia es una categoría exclusivamente "política", en el sentido más restringido del término, que en última instancia remite a cierto tipo de relación entre el Estado y la "sociedad civil", relación caracterizada fundamentalmente por la libertad de expresión, el pluripartidismo, la realización periódica de elecciones y la observancia de las normas previstas en los respectivos cuerpos legales. Reglas de juego que *en sí* mismas me parecen *positivas*, pero con la salvedad de que nunca funcionan de manera indeterminada, o sea, con independencia de su inserción en cierta estructura más compleja que es la que les infunde determinada "orientación".

Partiré de algunos ejemplos, tanto más significativos cuanto que se refieren al comportamiento de las democracias que algunos estiman más perfeccionadas, esto es, las de los países capitalistas "centrales". Primer ejemplo. Cuando Ronald Reagan decidió invadir Granada en octubre de 1983 lo hizo en su calidad de presidente constitucional de los Estados Unidos, sin violar ninguna ley de su país y con un apoyo tan abrumador de la opinión pública estadounidense, que cualquier plebiscito salía sobrando. Los congresistas del Partido Demócrata, y no se diga los republicanos, no pudieron menos que aprobar la acción del jefe de la Casa Blanca, y la infame agresión a la que me refiero se convirtió a tal punto en gloria nacional que con posterioridad, en la campaña para las elecciones presidenciales de 1984, el candidato demócrata Walter Mondale declaró que él hubiera hecho lo mismo que Ronald Reagan de haber sido presidente en 1983. Por si a la invasión de Granada le faltase alguna legitimación más, el Parlamento Europeo no dudó en ofrecerle su respaldo: cuna y paradigma de la democracia occidental, la Europa subimperialista aplaudía la "hazaña" del imperialismo principal. Algunos dirán que amor con amor de paga y no estarán equivocados: Es-

¹ Carlos Pereyra: "Democracia y revolución", en *Nexos*, 97, México, enero de 1986, p. 19. Subrayado del autor.

tados Unidos tampoco había vacilado en apoyar a Inglaterra y al Parlamento Europeo en la cuestión de las Malvinas. En ambos casos, por lo demás, las agresiones al Tercer Mundo aumentaron enormemente la popularidad interna de los respectivos jefes de Estado.

Recuerdo que el ejemplo que ahora evoco por escrito lo expuse verbalmente en una sesión del IX Congreso Panamericano de Filosofía, a finales de 1985, obteniendo como respuesta lo siguiente: a) que por condenables que puedan ser tales acontecimientos ellos no afectaban a la democracia *interior* de los Estados Unidos y Europa Occidental, y b) que en el mejor de los casos mi argumentación conseguía demostrar que la vía democrática no siempre conduce a lo que, a juicio de tal o cual sector o corriente de opinión, podrían ser las mejores decisiones. Pero yo no acabo de convencerme de que el problema sea tan sencillo: habitante del Tercer Mundo, me hace muy poca gracia que los países imperialistas decidan "democráticamente" agredirnos, y no veo a título de qué estaría además obligado a admirar una *forma* que en este caso sirve de vehículo a tan abominables contenidos.

Por lo demás, bien sabemos que la ocupación de Granada no fue una deplorable excepción dentro de la trayectoria de las democracias occidentales: habría que preguntarse más bien a qué país pobre no han agredido. En los mismos días en que estoy redactando este artículo el Secretario de Defensa de los Estados Unidos, Caspar Weinberger, ha dicho y repetido que no hay que olvidar que un "rescate" (sic) como el de Granada podría volver a producirse en cualquier otro punto del Tercer Mundo, si las circunstancias así lo exigen a juicio de Estados Unidos. La amenaza estaba dirigida en lo inmediato contra Libia y esta vez los líderes de Europa Occidental dudaron en avalarla, mas no por repentinos escrúpulos democráticos sino por motivos bastante más prosaicos: Libia provee de petróleo a algunos de esos países, que además temen una confrontación directa con la URSS en "su" mar Mediterráneo.

Volviendo a América Latina, parece superfluo recordar la agresión permanente de que es objeto Nicaragua por parte de Estados Unidos, a pesar de que ese país centroamericano es en la actualidad inmensamente más pluralista y democrático que su agresor. Pero se trata de una democracia de contenido popular y antimperialista y es éso lo que la administración Reagan no puede tolerar. Sólo cabe observar que esta política belicista es apoyada por una mayoría parlamentaria de la cual los demócratas no están excluidos, y además cuenta con la adhesión del Parlamento Europeo para muchas acciones (embargo económico por ejemplo). ¿Estaremos, en este caso también, obligados

a admirar la pureza de los procedimientos seguidos para la toma de decisiones, sin reparar en los contenidos involucrados en el conjunto del proceso? ¿Estaremos obligados a sostener que *a pesar de todo* la democracia estadounidense es una democracia sin calificativos, y no una democracia imperialista como yo sostengo, para evitar que se nos tache de dogmáticos? Personalmente sigo persuadido de que no hay procedimiento formal alguno que pueda legitimar la toma de decisiones tan inmorales como la de este ejemplo.

No quiero convertir a este artículo en un "cuaderno de quejas", pero tampoco puedo pasar por alto el hecho de que la presencia del imperialismo distorsiona nuestra democracia aun en los casos de países que no parecen ser víctimas de una agresión directa. En el plano formal, por ejemplo, Honduras no es un país agredido como Nicaragua ni ocupado a la manera de Granada; se rige además por ciertas normas democráticas, con relativa libertad de prensa, pluripartidismo, elecciones periódicas, etcétera. Sin embargo, y aun haciendo abstracción de los 200 "desaparecidos", uno puede preguntarse legítimamente cuál es el alcance de esa democracia en un país en el que, como lo señala el historiador Ramón Oquellí, ni el mismo presidente de la república goza de mayor poder de decisión:

"La importancia de las elecciones presidenciales, con fraude o sin él, es relativa. Este es un país sometido. Las decisiones que le afectan se toman primero en Washington, luego en la jefatura militar norteamericana en Panamá (*Southern Command*), después en la jefatura de la base norteamericana en Palmerola aquí en Honduras, enseguida en la embajada norteamericana en Tegucigalpa, en quinto lugar viene el jefe de las fuerzas armadas hondureñas, y apenas en sexto lugar aparece el presidente de la República. Votamos, pues, por un funcionario de sexta categoría en cuanto a nivel de decisión. Las funciones del presidente se limitan a la administración de la miseria y la obtención de préstamos norteamericanos".²

Espero que nadie interprete estas observaciones de Oquellí, que personalmente comparto, como una prueba del "menosprecio" por la democracia existente, en este caso en Honduras; menosprecio que de ser cierto conduciría a la inevitable conclusión de que lo mismo daría una dictadura terrorista abierta que el mantenimiento de los espacios y formas actuales, por reducidos que sean. Desde luego que *no da lo mismo*, salvo en la óptica de un ultraizquierdismo infantil ("Tanto peor, tanto mejor") que por lo demás es cada

2 Citado por Gregorio Selser en "Honduras a las urnas: se votó por un presidente, pero el que manda vive enfrente", *Le monde diplomatique en español*, Año VII, No. 84, diciembre 1985, p. 30.

vez más insignificante en América Latina: los antiguos "ultras", aquellos que hasta la década pasada no perdían ocasión de atacar el "legalismo" de los partidos comunistas, son en la actualidad mayoritariamente liberales y a lo único que se mantienen fieles es a su inveterado anticomunismo; sólo que ahora han descubierto que los comunistas no respetan suficientemente la ley. . .

El problema no consiste por lo tanto en luchar contra un *maximalismo imaginario*, sino en saber si a nombre de que las cosas podrían ser aún peores (lo que siempre puede por lo demás ocurrir) uno debe ocultar de modo sistemático los problemas con que se enfrenta la democracia en la América Latina de hoy. Y a este respecto me pregunto, no sin alarma, si uno de los éxitos de la política contrarrevolucionaria de que los latinoamericanos venimos siendo víctimas, sobre todo en su versión "moderna" de los diez o quince últimos años, no consiste precisamente en habernos llevado a percibir el mundo a la manera de aquel antihéroe de un cuento de Samuel Beckett que, simbólicamente echado a pintapiés de todos los hogares, todavía se alegra de que no lo persigan también en la calle para darle de palazos "delante de los transeúntes" y hasta bendice al cielo de que sus opresores sean "gente correcta según su Dios".

¿Es que esa gente pulcramente correcta según su Dios y según sus reglas de juego, que hoy gobierna Estados Unidos, se limita a perpetrar sus agresiones en la "zona caliente" de Centroamérica y el Caribe? Por supuesto que no, aunque obviamente allí la agresión reaganiana es más fuerte en la medida en que los procesos de liberación nacional están más avanzados que en el resto del América Latina. Pero no hay que olvidar que, aun donde no hay avances revolucionarios, la administración Reagan visualiza al Tercer Mundo como un enemigo al que hay que derrotar. Hace poco, el presidente estadounidense se jactó públicamente de haber "tomado pasos sensatos" que "han conmovido los precios del petróleo y puesto de rodillas a la OPEP",³ declaración que motivó las airadas protestas del primer mandatario venezolano y otros líderes del Tercer Mundo, protestas de las que Reagan ni siquiera se dio por enterado. Y es que su desplante con respecto a la OPEP no fue un *ex abrupto* inexplicable, sino la lógica derivación de una política claramente antitercermundista dentro de la cual lucha contra un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), por ejemplo, ha sido convertida en parte del interés nacional estadounidense, como en más de una ocasión lo ha expresado la señora Jeane Kirkpatrick al calificar tanto al NOEI como al Nuevo Orden Informativo Mun-

dial como "algunos de los programas más agresivamente antidemocráticos y antioccidentales".⁴ Cita textual que no recojo por ser la única (las hay por decenas y hasta centenas) sino para que se vea cómo los mismos exponentes de la política estadounidense no dejan de ligar la democracia con determinados intereses económicos muy concretos. Al calificar al NOEI de "antidemocrático" la ex embajadora de Reagan en Naciones Unidas hace gala de un "materialismo" que no deja de contrastar con el idealismo de cierta izquierda en pleno repliegue, que no pierde la oportunidad de tildar de "economicista" a cualquier análisis que rescate los ligámenes *cada vez más estrechos* entre economía y política, entre intereses de clase y política y, por ende, nos agrade o no, entre economía, intereses de clase y democracia.

Exploremos otro ejemplo, ahora destinado a descubrir qué es lo que *en positivo* espera el gobierno norteamericano de las democracias del Sur. En su visita oficial a Estados Unidos, de enero de 1986, el presidente de Ecuador, León Febres Cordero, fue encomiado por altos personeros de la administración y por el propio Reagan como el máximo ejemplo de gobernante democrático, encarnación "precisamente del tipo de política que queremos alentar a través del *plan Baker*".⁵ ¿Qué méritos convirtieron a Febres Cordero en objeto de tan cálidos elogios? En primer lugar, su conocido despotismo y menosprecio por las aspiraciones populares de los ecuatorianos (ese "espíritu de *cow boy*" que Ronald Reagan le aseguró que compartían), aunado a un desinhibido servilismo hacia el jefe del Imperio: "Cuando estudiaba en Estados Unidos un actor me gustó mucho y era Ronald Reagan. Debo confesar que me siguen gustando las películas de vaqueros, pero ahora veo en Reagan al actor que tiene el papel más importante de la historia"⁶.

Pero, por vergonzosa que sea esta obsecuencia, todavía no fue lo peor; atrás de las palabras rastreras estaban hechos como el de haber prohibido a la diplomacia ecuatoriana mencionar siquiera el NOEI; haber asegurado que si de él hubiese dependido el Ecuador nunca habría ingresado a la OPEP; haber condenado a los países árabes por la supuesta utilización de sus ingresos petroleros para promover el "terrorismo"; además de, según palabras textuales de Febres, haber "vendido toda la potencialidad que tiene Ecuador en Estados Unidos", "en el sano sentido del término real"⁷. Venta que parece haber incluido hasta los últimos resquicios de nuestra soberanía en la medida en que, de acuerdo con declaraciones del canciller Edgar

3 *El Día*, de México, 12-1-86.

4 *Newsweek*, 14-1-85, p. 10.

5 *El Día*, 16-1-86.

6 *La Jornada*, México, 16-1-86.

7 *La Jornada*, 20-1-86.

Terán, también se discutió con el gobierno de Reagan las reformas que Febres Cordero había propuesto a la constitución del Ecuador⁸.

Con estos antecedentes no debe llamar a nadie la atención que el gobierno estadounidense considere al ecuatoriano como el más acabado paradigma de la democracia latinoamericana. Sería inquietante, en cambio, que invocando no sé qué sacrosantos principios alguien me solicitase abstenerme de afirmar que la actual democracia ecuatoriana está dominada por intereses burgueses, oligárquicos y proimperialistas que, lejos de mantenerla como una democracia pura, le dan un *contenido predominante de clase* que no llevo a entender por qué razón yo tendría que ocultar; esa me parece más bien una tarea de los febres corderistas. Pero ¿no es el pueblo ecuatoriano el que libre y soberanamente eligió a Febres? Formalmente sí, y garantizo que sin fraude. En qué condiciones estructurales y bajo qué correlaciones dadas de poder, es otra cuestión: el *quid* de la cuestión diría yo. Explorémosla teóricamente.

En un libro que a mi juicio constituye la reflexión más sólida que se haya hecho sobre la democracia en América Latina, el sociólogo dirigente político brasileño Francisco C. Weffort define a la democracia en los siguientes términos:

"El imperio de la ley, al cual se subordinen gobernados y gobernantes, la libertad de organizarse para competir de modo pacífico por el poder, la libertad de participación del conjunto de ciudadanos, a través del voto, en los momentos de construcción del poder: he ahí los atributos mínimos y esenciales de la democracia en cualquier tiempo y en cualquier lugar que exista o haya existido".⁹

Subrayo que no tengo nada en contra de ninguna de las libertades y legalidades que Weffort reivindica como atributo de la democracia, y que estoy convencido que efectivamente lo son. Sin embargo, hay algunos presupuestos de su definición que no me siento teóricamente obligado a aceptar a pie juntillas, aún a riesgo de que se me tilde de menospreciar la democracia. Dudo, por ejemplo, que el poder *se construya* a través del voto, no sólo por razones abstractas que hoy no me propongo exponer, sino por la buena razón empírica de que jamás he visto ni he oído hablar de ningún lugar del planeta donde cuestiones tan decisivas como las que a continuación voy a señalar hayan sido sometidas a votación: la constitución del sistema de propiedad, la constitución del aparato militar y la constitución de las relaciones que la CEPAL denomi-

na "centroperiferia" (para no hablar directamente del imperialismo).

Ojalá que en un futuro cercano todos los latinoamericanos seamos convocados a una clara consulta plebiscitaria para ver si queremos o no que sigan existiendo los grandes monopolios, cosa a la que desde luego me opondré; ojalá nos llamen a votar también sobre la forma de organización concreta de nuestros ejércitos, en cuyo caso yo, demócrata hasta las últimas consecuencias, votaré en favor de que en todos los niveles jerárquicos haya una representación partidaria similar a la de los parlamentos, de suerte que el estado mayor refleje fielmente el arcoiris político de cada país; ojalá, por último, un buen día nos inviten a pronunciarnos sobre el deterioro de los términos de intercambio y sobre si se paga o no la deuda externa, dos cosas a las que sin duda me opondré.

Decidir sobre estas cuestiones parece a la vez tan vital y tan utópico, tan necesario (si no decido *inequívocamente* sobre ellas quiere decir que el poder se constituye con prescindencia de mí) pero al mismo tiempo tan alejado no solamente de nuestra experiencia sino además de nuestras expectativas, que hasta suena a una tomadura de pelo al lector y por supuesto como una transgresión a toda regla académica y política de discusión. Pero lo peor es que no se trata sólo de una utopía, sino de una utopía que va en contra de todo el movimiento de la historia, que concentra cada vez más un poder que cada vez está menos sujeto a discusión y no se diga a votación.

Algunos ejemplos. En los años veintes de este siglo, el ejército brasileño (para no apartarnos del país de Weffort) era un ejército relativamente "pluricromático" ya que incluía a oficiales de las más variadas tendencias políticas; antes del golpe del 64 todavía había en él incluso simpatizantes del Partido Comunista; hoy, tiene un único color que en el mejor de los casos admite *matices*. ¿La solución va a consistir entonces en despolitizarlo en un futuro próximo? Sería un caso único en el mundo, a menos que por despolitizar se entienda convertirlo en el equivalente de los ejércitos que conforman la OTAN: ejércitos ferozmente anticomunistas, *inventores* de la doctrina de la seguridad nacional y dispuestos a cometer las peores atrocidades para defender el sistema capitalista-imperialista, pero que internamente no tienen que intervenir por la sencilla razón de que nadie lo amenaza seriamente.

¿Exagero sobre este punto? No lo sé; pero debo confesar que si ello ocurre es bajo el efecto de una lectura reciente que me ha impresionado mucho. Me refiero a las *Mémoires* de Raymond Aron, quien fue mi maestro al que siempre admiré a pesar de las diferencias ideológicas, no sólo en homenaje a su talento sino porque además me parecía un hombre honesto y

8 *El Día*, 18-4-86.

9 Francisco C. Weffort: *Por que democracia?*, Editora Brasiliense, Sao Paulo, 1984, p. 55.

liberal, aunque obviamente de derecha. Pues bien, ese profesor al que desde el salón de clase percibí ilusamente como un humanista respetuoso de los demás, del derecho y la vida ajenas, incapaz de aprobar el más mínimo acto de barbarie, es el mismo que en sus memorias, al responder a preguntas sobre si aprueba o no las torturas cometidas por el ejército francés en Argelia y el uso del *napalm* por los yanquis en Vietnam, se limita a comentar: "Yo no soy una alma justa" ("*Je ne suis pas une belle âme*"); "De lejos, es fácil contestar: desde luego"¹⁰. ¿Intelectual perverso y antidemocrático? No: intelectual de país imperialista dotado de la típica cabeza de Jano que no registra contradicción alguna entre la democracia dentro de casa y el terror ejercido fuera de ella. Si así razona un apacible profesor universitario, cómo no lo harán los miembros de esos "democráticos" ejércitos.

Pero volvamos a la idea de la constante concentración del poder, que me parece igualmente válida en el terreno de la economía. Hace medio siglo, aunque sólo fuese a consecuencia del muy bajo desarrollo del capitalismo latinoamericano, las particularidades y hasta originalidades nacionales y regionales eran mucho más probables que ahora, cuando las leyes capitalistas funcionan de manera más universal y rigurosa debido a la evidente transnacionalización de nuestras economías y, por sí eso fuera poco, a la estrecha supervisión ejercida por organismos como el Fondo Monetario Internacional. ¿Qué poder de decisión tiene entonces el ciudadano común y corriente de un país subdesarrollado sobre un movimiento económico que escapa no sólo a las dimensiones de su unidad productiva, de su barrio y de su pueblo, sino también del ámbito de su nación?

El problema me parece más agudo todavía ahora, en una coyuntura en que la crisis del capitalismo en su conjunto exige una reconcentración del poder político y económico que la administración Reagan está decidida a llevar hasta sus últimas consecuencias y a como dé lugar. En este sentido, llama mucho la atención que en un libro como el de Weffort no haya la menor referencia al problema de la dependencia y el imperialismo, sobre todo si se tiene en cuenta que su reflexión arranca de inquietudes surgidas a raíz de una entrevista con un funcionario estadounidense, como él mismo lo apunta. ¿Es que Weffort estimó que el problema de la dependencia nada tiene que ver con el de la democracia? Me resisto a creerlo. Como dificultad me cuesta admitir que en la mayoría de textos que hoy circulan sobre el tema de la democracia, se eluda cautelosamente hablar de la futura economía: ¿van a inventar un "modo de producción democrá-

tico"? ¿van a democratizar el capitalismo y cómo? ¿van a implantar una economía socialista y de qué manera? Quién sabe.

En fin, me parece que aquello de la participación en la construcción del poder por medio del voto tampoco es tan sencillo si uno piensa que en rigor sólo hay opinión válida, que no constituya una tomadura de pelo para el propio votante, allí donde existe conocimiento de causa. Recuerdo haber asistido, hace ya algún tiempo, a un encuentro de LASA (*Latin American Studies Association*, de Estados Unidos) en el que un grupo de profesores de esta nacionalidad pedía cuentas a sus colegas cubanos sobre la libertad de información en la Isla. No voy a repetir aquí el ping-pong de preguntas y respuestas que, como casi siempre ocurre en estos casos, no pasa de constituir un diálogo de sordos; quiero recordar, en cambio, que en me.^{to} de esa barahúnda no podía dejar de evocar mi experiencia en los dos países: en una Cuba donde sin la menor duda el ciudadano común y corriente está bastante bien enterado de los principales problemas políticos mundiales y desde luego mucho más de la situación latinoamericana; y unos Estados Unidos donde en las propias universidades y no se diga a nivel del ciudadano medio, la cultura política no va más allá de un odio cerril a lo que vagamente se percibe como comunismo y de una ignorancia incluso geográfica sobre América Latina, de la que el mismo presidente Reagan hizo gala en su gira sudamericana de 1982.

¿El derecho de información, que en rigor debería preceder al de decisión, está mejor satisfecho en los Estados Unidos que en Cuba para la población en general? ¿En cuál de los dos países la gente tiene mayor libertad de decisión y participa más en la constitución del poder? A nivel formal, pareciera que en los Estados Unidos; a nivel real, confieso que no sólo tengo dudas sino además serios temores cuando pienso que el destino de la humanidad depende en buena medida de un voto tan poco calificado y tan manipulable como el del ciudadano medio de los Estados Unidos. Reflexión con la cual no estoy queriendo decir que la solución consista en privarles del voto a estos ciudadanos, cosa que además de injusta sería grotesca, sino planteando un problema que en cierto sentido es la otra cara de la medalla manejada por Weffort: ¿cómo hacer que el voto popular sea un voto con conocimiento de causa a pesar de las relaciones prestablecidas de poder, que implican por supuesto un *poder ideológico*? La idea de un Nuevo Orden Informativo Mundial iba desde luego en el sentido de una democratización de este nivel, y no por casualidad la señora Kirkpatrick lo incluyó en la lista negra de "programas más agresivamente antidemocráticos y antioccidentales".

10 Raymond Aron: *Mémoires*, Juillard, París, 1983, vol. II, pp. 868-869.

En la América Latina de hoy estamos viviendo un momento muy contradictorio, con indudables alientos democráticos entremezclados con el fantasma de un terror que por igual proviene de las secuelas dejadas por las dictaduras fascistoides que de la violencia que el imperio norteamericano ejerce en cualquier lugar donde hay brotes de rebeldía contra él y la correlación de fuerzas se lo permite. Y vivimos también el momento de la desilusión, que hace que las masas empiecen a tornar muy "democráticamente" sus ojos a la derecha, allí donde la izquierda y los sectores progresistas en general han sido incapaces de imprimir contenidos populares a la democracia. En Bolivia y Ecuador este fenómeno es muy claro, y quisiera creer que no está ocurriendo lo mismo en Brasil, pese a que el "irresistible ascenso" de Janio Quadros no es precisamente el mejor augurio. El fenómeno no carece sin embargo de lógica: al comprobar que a través del voto de izquierda o de centroizquierda no se consigue más que el precario mantenimiento de esa democracia formal que yo llamo "casarón vacío", vacío incluso de poder, esas masas son fascinadas por líderes que sí lo encarnan de verdad, pero no por haber sido "unificados" por el voto ciudadano, sino por su evidente pertenencia a los círculos de la dominación. Espejismo popular de participación en el poder que viene a colmar el vacío dejado por las alternativas que la izquierda no ha sabido levantar.

Por ello, estimo que al no plantearse el problema de los contenidos de la democracia y considerarla unilateralmente como una *forma-fin en sí* (cosa que suena muy elegante en el plano de la filosofía), la izquierda no hace más que alienarse a las masas, como desafortunadamente viene ocurriendo en buena parte de nuestro continente. Escrito en 1981 y publicado en 1984, el artículo del que fue extraída la frase que según mi colega delataría mi menosprecio por la democracia me parece, ahora que lo releo, de una premonición casi cruel. El razonamiento global dice textualmente lo siguiente:

"Por lo demás, y en un contexto estatal tan poco democrático como el latinoamericano, resulta casi una ironía 'recordarles' a las masas que hay que luchar en favor de la democracia: es lo que vienen haciendo desde siempre, por muchos errores que hayan podido cometer en su camino. Pero, en un contexto igualmente marcado por las más atroces desigualdades sociales, también resulta fuera de toda sensatez pedirles que no traten de imprimir un sello específico a esa democracia: después de todo es comprensible que los mineros bolivianos se planteen el problema en términos 'algo' diferentes que el obrero alemán o escandinavo. La democracia no es un casarón vacío, sino un continente que vale en función de determinados con-

tenidos"¹¹.

¿Visión equivocada que reclama una autocrítica? No lo sé. Hoy está de moda un discurso que abierta o subrepticamente da a entender que la democracia no logra afianzarse en América Latina porque las masas, la izquierda e incluso los intelectuales (Vargas Llosa acaba de reafirmarlo en estos días) no han sabido valorar suficientemente la democracia. A mí sencillamente me parece que esto es falso, que es una infundada acusación que nos lanza la derecha (la misma que propicia o justifica los golpes de Estado), o bien, que es un mito compensatorio de una impotencia de la izquierda para transformar la realidad y que, como todos los mitos, puede surtir ciertos efectos simbólicos, pero no resiste a la más mínima confrontación con la historia real.

En el texto que acabo de transcribir digo que las masas vienen desde siempre luchando por la democracia y no creo equivocarme; sólo deseo recordar que en el mismo caso de Bolivia, que en el evocado a título de ejemplo, la revolución del 52 se produce con un detonador incluso formalmente democrático: contra el fraude electoral. Como ha ocurrido con todas las revoluciones latinoamericanas de este siglo, desde la mexicana hasta la nicaragüense, que siempre han sido una rebelión contra las tiranías o contra las "democracias fraudulentas" (que las hay) y *simultáneamente* contra la injusticia social y la dominación imperialista. En cierto sentido trato de recuperar teóricamente esta tradición, tanto popular como de la izquierda, a la que de manera tal vez romántica me aferro. ¿Es la hora de arriar estas banderas y volver a una concepción estrictamente liberal de la democracia? Quisiera creer que no, al menos mientras América Latina siga necesitada de una real liberación y de cambios estructurales que no alcanzo a entender por qué tendrían que dejar de ser elementos constitutivos de nuestro proyecto democrático.

11 A. Cueva: "El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo", *Cuadernos políticos*, 39, México, enero-marzo de 1984, p. 38.